

CAPITULO XL.

LA MARCHA DE LOS FRANCESES.

YA veinte mil franceses estaban tendidos, puede decirse, entre México y Veraacruz, formando una gran sábana de acero que reverberaba á los rayos del ardiente sol de Febrero; pero la retaguardia formada de la División que mandaba el general Castangy con algunos otros cuerpos de los más distinguidos permanecieron de guarnición en México, aunque haciendo diarios y rápidos preparativos para la marcha. Desde muy temprano y hasta horas después de ponerse el sol, se notaba gran movimiento en los cuarteles, que consistía en arpillar cajas, en arreglar equipajes, en numerar y guardar ordenadamente libros y papeles; en vaciar los almacenes de víveres y pertrechos de guerra para darles la distribución ordenada por los superiores, y en suma, en hacer cuanto era indispensable para espeditar la salida de México que debía verificarse necesariamente en la primera quincena de Febrero, porque así lo había escrito Bazaine

á Maximiliano y tenía que cumplirse á todo trance con aquel amenazador ofrecimiento que significaba esto: «Quiero que cuanto antes te mires solo, para que sientas miedo y me sigas.»

Maximiliano permanecía escondido y taciturno en la hacienda de la Teja, muy inmediata á México, es cierto; pero siempre fuera del ruido que forman las gentes en toda ciudad populosa, siempre divorciado un poco de la sociedad, puesto que no recibía allí sino á sus hombres de guerra y á uno que otro ministro. En cambio no se le separaban ni el Dr. Basch su médico, ni el P. Fischer que le servía de ayuda de cámara.

—Señor, le dijo una mañana el P. Fischer, el Mariscal Bazaine está ya en vísperas de marcharse y si V. M. no se encuentra en su Palacio, será muy capaz aquel de atribuirlo á despecho ó á cualquiera otra causa desfavorable.

—Es verdad, Sire, continuó diciendo Basch que se había puesto de acuerdo con Fischer para esta nueva intriga, y aun el pueblo mismo, según dicen, empieza á murmurar, creyendo que el Mariscal es el que no permite á V. M. vivir en su Palacio.

—¿Será entonces conveniente trasladarme á Chapultepec? preguntó Maximiliano con negligencia.

—No Señor, se apresuró á contesar el Dr., porque Chapultepec está acaso demasiado frio en este tiempo.

—Todos desean que habite V. M. su Palacio Imperial.

—¡Tengo allí tantos recuerdos de Carlota!

—La Emperatriz no ha muerto sin embargo. . . .

—¡Pero ha perdido la razón que es peor!

—La razón puede recobrase, la vida nunca, una vez que se pierde.

—Está bien, Dr., está bien, Señores: hoy mismo vamos de México: necesito entrar en actividad. Ustedes mismos arreglarán todo para nuestra mudanza.

El Emperador fué trasladado con todos sus cachivaches al Palacio de los Virreyes y en la misma noche el barón de Tindal, belga, presidente del consejo de guerra, jefe de la gendarmería y de la policía secreta, solicitó con ahinco ver á S. M. Con grandes trabajos y despues de muchas súplicas consiguió llegar á su presencia y le dijo inmediatamente:

—Sire: vengo á poner en conocimiento de V. M. un asunto que me parece de alta importancia.

—¿Qué asunto es ese, mi querido barón?

—Señor, el Mariscal Bazaine, á no haber sobre ello la menor duda, ha mandado que salgan algunos pertrechos de guerra de la ciudad. Y se supone que van á los campamentos de los liberales.

Maximiliano dió un salto en el asiento y preguntó:

—¿Bazaine está cometiendo acción tan pérfida?

—No solo está vendiendo á los agentes de la república los efectos que pueden comprarle, sino que está haciendo algo peor todavía.

—¿Y qué cosa está haciendo que parece peor?

—Está destruyendo cañones y parque, está mandando echar grandes cantidades de pólvora en las acequias que rodean el edificio de la Ciudadela.

—Pero es que en una nota oficial me ha asegurado el Mariscal que todos los efectos de guerra que no pue-

da llevarse los entregará á los jefes imperiales encargados de recibir los cuarteles.

—Mucho desearía poder confirmar con mi testimonio eso que dice V. M.; pero lejos de ello debo declarar que yo mismo he visto hoy en la tarde echar á los vallados la pólvora suelta y en cartuchos.

Maximiliano se quedó pensativo. Poco despues dijo:

—Mi querido barón de Tindal: hágame usted el favor ahora que salga de aquí de decir á uno de mis ayudantes que me vaya á llamar al general Márquez.

El de Tindal llamó á Márquez, los dos grandes personajes estuvieron conferenciando hasta altas horas de la noche y en la mañana del día siguiente se les vió salir de Palacio en un coche cualquiera vestidos por supuesto de paisanos, sin llevar insignia ninguna de autoridad.

El coche se detuvo frente á la ciudadela y por espacio de un cuarto de hora se estuvieron Maximiliano y Márquez sin moverse contemplando á las faginas de soldados franceses que estaban destruyendo armas, vaciando cartuchos y tirando todo cuanto había en unos grandes sacos á las acequias.

Maximiliano dijo:

—Prefiriría volverme. Esta escena me produce náuseas.

—Hemos venido, puede ser que nos hayan visto; lo mejor, salvo el parecer de V. M., es presentarnos siquiera para que nuestra presencia les cause sonrojo.

—Vamos entonces cuanto antes.

Maximiliano descendió del carruaje y seguido de Márquez se dirigió á la entrada de la ciudadela.

—¡Alto! les dijo el centinela francés tendiéndoles el fusil.

—Es S. M. el emperador Maximiliano, se apresuró á decir Márquez al centinela.

—Es la consigna, contestó este y volvió á repetir: ¡Atrás!

El oficial de guardia observó por fortuna lo que estaba pasando y se apresuró á ordenar al centinela que levantara el arma y dejara entrar á Maximiliano, que estaba rojo de vergüenza, con su acompañante. Márquez todo lo contrario, estaba lívido de rabia. En aquel momento hubiera querido convertirse en hiena para mascar á todos aquellos franceses.

Por lo demás, la visita no tuvo ninguna otra importancia, si no fué la queja de Bazaine que hizo llegar inmediatamente á Maximiliano, á quien afeó mucho su conducta.

—¡Cómo! había exclamado delante de varios oficiales imperialistas para que fueran á contárselo, ¡el Emperador ha descendido tanto hasta ir como un miserable espía á ver lo que se estaba haciendo en la ciudadela! El bribón de Tindal fué á contarle algunas mentiras y S. M. ha querido verlo por sus propios ojos disfrazándose y llegando allí de improviso, cuando su deber habría sido anunciar su visita para ser dignamente recibido y no que se expuso á que un soldado cualquiera le cruzara el arma sobre el rostro. ¡Oh! esto ha sido vergonzoso y por mi parte no he merecido que se me tenga tanta desconfianza.

¿Pues qué idea tienen esos señores austriacos de la lealtad francesa? ¡Oh! ¡oh! mucho se ha de comentar en la corte de mi soberano esa visita misteriosa del monarca que pusimos en México y que tan costoso ha resultado para la Francia.

Entonces el Mariscal dió orden de que la salida se verificara el día siguiente, significando á todas las personas que lo veían que ya no le era posible detenerse sino las horas muy precisas en la capital del imperio.

Y en efecto, la primera señal que se advirtió al día siguiente fué la de verse que se quitó la bandera francesa del palacio de Buenavista en donde había ondeado desde que Maximiliano había hecho á Bazaine el regio regalo de aquella residencia.

El barón de Tindal que estaba pendiente de todo lo que pasaba en el cuartel general del mariscal francés, corrió á Palacio y ya no se atrevió á hacer el chisme á Maximiliano; pero sí al P. Fischer y al Dr. Basch les dijo:

—El mariscal ha vendido á los comerciantes paisanos suyos, no solo sus grandes existencias de mercancías traídas á México de contrabando, sino todos los ricos muebles que se le habían prestado por SS. MM. solamente mientras habitara aquella casa que le han donado sin los utensilios.

—¿También ha vendido los carruajes que pertenecen á la Nación?

—Todo, todo lo están sacando: ya la mariscala salió desde muy temprano para Puebla y ahora con el mariscal saldrá la última silla; no dejarán más que

el polvo de los muebles que costaron tantísimo dinero.

—S. M., contestó Fischer, se ha de fijar poco en esas pequeñeces y todo lo dará por bien empleado con tal que el mariscal lo libere de su presencia.

—Amen, respondió el Dr. Basch.

—Y ahora vámonos nosotros á la azotea para ver el desfile de los franceses, continuó diciendo Fischer, pues el Emperador no quiere que se abra ninguno de los balcones de Palacio ni que aparezca alma viviente en ellos.

Efectivamente, la gran casa de Bazaine que llevaba el nombre de Palacio de San Cosme, que le fué regalado con jardines y algunos muebles, que después se aumentaron prodigiosamente por el mismo mariscal, por supuesto sin que nada le costaran tampoco, había sido vaciado en los días anteriores y en la mañana del día 5 de Febrero, que fué el de la marcha, salió lo que quedaba. A las seis de la mañana fué arriada la bandera francesa, que ondeó allí por tres años como signo de soberanía, por estar allí situado el cuartel general del ejército invasor intervencionista.

Luego que los vecinos notaron que había desaparecido la bandera francesa de la casa de Bazaine, respiraron, aunque sin manifestar ninguna alegría, porque tenían miedo y porque no sabían si iban á quedarse peor con Márquez y Maximiliano. Así es que se conformaron con murmurar:

—Ciertos son los toros: de esta hecha se van los franceses.

—Y vaya si se van, contestó otro vecino al de la primera exclamación, pues que el señor Bonaparte no hace otra cosa todos los días luego que se levanta, que mandarles decir que se vayan, que se vayan inmediatamente.

—¿Y por qué tendrá tanta prisa?

—Porque no quiere que se vaya á tener aquí algún disgusto con los americanos, que son los que han fijado los plazos para la salida.

—¿Pero á los americanos qué les importa?

—Seguro que algo ha de importarles, supuesto que desde que vencieron á los del Sur están mucho más exigentes con Napoleón.

—Pero es que ya sabían que el Emperador francés desistía de llevar adelante la conquista de México, en primer lugar porque le ha disgustado la conducta de su protegido.

—¿Qué protegido?

—El señor Maximiliano. Y en segundo lugar, porque en Europa se están poniendo muy mal sus asuntos políticos.

—Lo positivo es que los franceses nos dejan.

—Nos dejan. Mire usted el Estado Mayor del Mariscal y su escolta que ya vienen á esperarlo.

—Todas las tropas desde hace rato están tendidas en el paseo.

—¿No pasarán por aquí?

—No: el Mariscal tiene que salir de su palacio para ir á ponerse al frente de ellas y atravesar en columna por toda la ciudad con mucho escándalo.

—Pues bien podrían irse sin necesidad de atravesar por las calles céntricas.

—¿Y qué pierden con eso?

—Pudieran algunos imprudentes tirarles pedradas.

—No se las tirarán, porque ya saben que pagarán cara su audacia.

—¿Pues qué habían de hacerles?

—Lo que es Bazaine sería capaz de hacer que se quedara aquí un batallón para fusilar á cuantos fuera preciso.

—Por fortuna no fusilará á nadie: ya ve usted, no se puede dar en el pueblo mayor indiferencia.

—No es tanta: todos los balcones de las calles principales por donde van á pasar las tropas están llenos de gente.

—Sí, de curiosos que acuden á divertirse, pero sin animación.

—Es verdad.

Estas y otras conversaciones semejantes se oían entonces de boca en boca, de puerta en puerta y de balcón á balcón, y en este momento se hablaba con tal libertad, que no parecía sino que iba á haber en México un cambio de gobierno completo. Desaparecía el dominio francés y aun no se sentía el rigor de los imperialistas que hasta entonces habían estado en tutela.

Hubo en efecto muchas gentes en los balcones y en las calles viendo pasar á los batallones franceses con sus músicas y sus banderas desplegadas; pero nadie les dirigió ni un saludo ni una sonrisa. Cuando entraron triunfantes la plebe comprada, los beodos y lo que todo aplauden les manifestó gran entusiasmo: ahora no había nadie, sino una que otra co-

torrona enamorada, que viera salir á los franceses con algún sentimiento.

—¡Que se vayan mucho al diablo! era la exclamación más repetida.

Y ellos pasaron por todas las calles llevando á su frente á Bazaine muy satisfecho.

